

MATERIA Y FORMA EN LA POESIA DOMINICANA ACTUAL

Por Alberto PEÑA LEBRON

La Materia

UN ELEMENTAL ANALISIS HISTORICO pone de manifiesto que la literatura de un país sólo cobra perfil propio y contorno definido, en la medida en que el pueblo adquiere madurez y desarrolla el sentimiento nacional, o sea, una justa estimación de si mismo y una clara percepción de su propio ser y de los valores, conflictos y aspiraciones que conforman su existencia. La sola independencia política no basta para producir esa vibración emocional colectiva, la cual no es generada ni por un sistema de gobierno, ni por un conjunto de instituciones sociales, ni por una serie de nociones intelectuales, sino que surge de una fuente más profunda aún: del quehacer vital, traducido en dolor y lágrimas, alegrías y desventuras, frustraciones y esperanzas, compartidas en común a lo largo del tiempo por hombres que habitan un mismo territorio. Empero, delimitar el ámbito y magnitud e intensidad de este sentimiento no es tarea que pueda realizarse fácilmente, porque en su formación concurren elementos diversos: el amor a la tierra y el paisaje nativo, las peculiaridades de la raza, las tradiciones, las creencias, los usos y costumbres afirmados frente a los desafíos y estímulos del cotidiano existir; todo ello manifestándose en gestos, decisiones y actitudes específicas que diferencian a un pueblo de los demás conglomerados nacionales.

En el caso dominicano, esta labor de esclarecimiento es bien compleja, porque complejo fue nuestro ayer, y lo es nuestro presente, y lo será nuestro mañana. No hay que olvidar que esta pequeña isla fue centro del mundo americano en determinado momento del siglo XVI, no sólo como punto de apoyo de la empresa colonizadora hispánica, sino también como crisol en el cual comenzó a operarse la fusión de las razas y las culturas, cuyo producto somos los pueblos mestizos hispanoamericanos. En los siglos siguientes se desarrollaron

sobre nuestro pequeño territorio dramáticos acontecimientos que por conocidos no es necesario enumerar ahora, los cuales fueron dejando huellas indelebles en la blanda arcilla que más tarde conformaría el alma nacional. Iniquidades, injusticias, abusos y atropellos constituyen el material predominante en la gruesa capa de nuestro aluvión histórico, y aunque tales cicatrices espirituales estén aparentemente ocultas por las brumas de un pasado lejano, es innegable que en los profundos estratos de nuestro ser laten viejos dolores, justificados agravios, y resentimientos y frustraciones que el paso del tiempo no ha logrado borrar. Por ello en lo recóndito de nuestra alma colectiva de algún modo se siente aún la dura mano del encomendero sobre la raza aborigen y el restallar del látigo del colonizador sobre la espalda del esclavo, no sólo por un fenómeno de pervivencia del pasado, sino por el hecho obvio de que situaciones similares de explotación y abusos perduran en las más recientes etapas de nuestra existencia como nación.

Paralelo a nuestro convulso acontecer histórico va produciéndose el proceso de mixtura racial y cultural. En lo que a la raza toca, por nuestro torrente circulatorio corren, con parejo ímpetu, la turbulenta sangre hispánica, fusión en sí misma de hontanares diversos; y el vigoroso caudal africano, cargado de rumores selváticos y misteriosas resonancias de tambor, matizados apenas por una tenue nota melancólica de sangre aborigen. Resultante final de esta confluencia de elementos es nuestra raza mestiza, en la infinita variedad de tonos y perfiles producidos por la desigual proporción en que han entrado en cada caso los ingredientes originales.

Nuestra herencia cultural ofrece vastas perspectivas a la investigación sistemática y al pensamiento reflexivo. Sin pretender explorar tan amplio territorio en tan breves notas, podrían señalarse dos aspectos fundamentales que han sido determinantes en la configuración de nuestro ser nacional: de un lado, el limitado acopio de conocimientos técnicos que aportó el pueblo conquistador; y, de otra parte, el conjunto de ideas, instituciones jurídicas y políticas, usos, costumbres y estilo de vida, marcadamente medievales, que arrastró consigo hasta este lado del mar ese mismo pueblo.

Para nadie es un secreto que España, cuando logra integrar su unidad nacional a fines del siglo XV, vivía en lamentable retraso con respecto a las demás naciones europeas, no sólo en las concepciones y estructuras políticas, sociales y religiosas, sino también en la capacidad técnica para transformar el mundo material. En esas condiciones,

no es sorprendente que la empresa colonizadora hispánica se apoyara, en lo económico, en actividades rudimentarias y tradicionales como la extracción de metales, el cultivo de la caña de azúcar y el fomento de la ganadería, las cuales condujeron necesariamente al establecimiento de sistemas de explotación humana tales como las encomiendas de indios y la esclavitud. Sobre tal estructura feudal discurrieron los primeros siglos de nuestra existencia, en pequeñas villas languidecientes o en miserables chozas o bohíos donde soportaban su penoso destino las razas sojuzgadas.

Es fácil imaginar el lento y doloroso proceso de crecimiento del edificio de nuestra nacionalidad, apoyado sobre tan ominosos cimientos. Si a ello se agregan las múltiples invasiones sufridas en nuestro territorio, los repetidos éxodos de la población hacia otras tierras de vida menos agitada, las devastaciones y despoblaciones de las ciudades del litoral norte, la decadencia económica sobrevenida a causa de los métodos primitivos de producción y las limitaciones del comercio exterior, comprenderemos entonces que los tres primeros siglos de nuestra historia, a partir del descubrimiento de la isla, no fueron sino una larga noche de vasallaje y opresión bajo el imperio de oscuras fuerzas agazapadas en nuestra soledad isleña, mientras los genes de nuestro triple ancestro se mezclaban frenéticamente en las bochornosas noches del trópico.

Así las cosas, llega el siglo XIX, y con él las primeras ráfagas de los vientos que habían agitado a Francia en las últimas dos décadas de la anterior centuria. Primero fue a través de la liberación del pueblo haitiano, y luego, ya ocupada la parte oriental de la isla por nuestros vecinos de occidente, por vía de la inquietud traída desde Europa por Duarte, la cual se tornarí­a en acción para dar nacimiento a la República. Pero el nuevo estado independiente que surgirí­a a la vida el 27 de Febrero de 1844, hijo de las concepciones liberales de la época, nacerí­a tarado con los mismos vicios inherentes a tales concepciones y con las debilidades de una sociedad a la cual se le impusieron instituciones que no correspondían a su desarrollo económico y cultural. Manejado por una clase dominante de sentimientos patrióticos muy vagos, preocupada más que nada por sus intereses materiales, mal pudo el pueblo, con escasa educación, con limitados recursos económicos y casi nulo poder político, crecer como organismo sano y vigoroso, y florecer en armónicas estructuras sociales a través de las cuales pudiera desarrollar sus facultades en potencia. Cubierto por tan negros ropajes, el sentimiento nacional era apenas una débil llama debatiéndose en medio de los azarosos torbellinos

históricos que azotaron nuestra desventurada tierra.

Hemos recorrido, pues, un largo y doloroso viacrucis. Pero las adversidades y tropiezos, si bien constituyen obstáculos que retardan el desarrollo de una nación, son al mismo tiempo fragua donde se tiembla su voluntad para forjarse su propio destino. Y nuestro espíritu nacional, pese a la carencia de sentimientos patrióticos de muchos hijos de esta tierra y a la arrogante preocupación del invasor imperialista, siempre ha sobrevivido a todas las catástrofes. Y nuestra voluntad de autodeterminación, afirmada en una guerra sin cuartel en 1863, y en temerarios actos de heroísmo individual en 1916, cobró proporciones épicas en 1965, cuando el pueblo, aferrado a un fragmento de ciudad, opuso una infranqueable barrera de patriotismo y dignidad a las nefastas fuerzas de la opresión y el crimen.

La Revolución de Abril marca un hito definitivo en la afloración del sentimiento nacional. En efecto, en esta gesta confluye una larga tradición de siglos de historia, iluminada por vez primera por un conocimiento pleno y un deslinde preciso de los factores económicos, políticos y sociales que han hecho de nosotros lo que somos hoy como pueblo. En otras palabras, hemos tomado conciencia de nuestro propio ser, y ese esclarecimiento nos permite comprender la identidad que existe entre los afrancesados de 1844, los anexionistas de 1961 y los ayanquizados de 1965. Y descubrir en la insaciable sed de poder y la ambición de mando que a tantos dominicanos aqueja, resabios del absolutismo feudal del cual no hemos podido deshacernos. Y encubiertas bajo nuestra inveterada rebeldía, las viejas disensiones y rencillas de la época colonial. Y perdurando en la mal disimulada discriminación racial, el antiguo desdén y menosprecio del hombre blanco hacia el poblador indígena y el esclavo africano. Y rediviva en la irritación de los poderosos de hoy contra los sacerdotes progresistas, la ira de Diego Colón y su corte contra los padres dominicos que denunciaron los abusos del conquistador.

Todo esto, y mucho más que es imposible compendiar en tan apretado resumen, vibra, late y se agita en los recónditos reductos de nuestro ser nacional. Iniquidades seculares, que hoy se repiten bajo nuevas formas. Anhelos de libertad y de justicia que se estrellan contra el muro de la opresión. Sueños de paz y apetencia de amor nunca satisfecha. Todo esto y mucho más. Pero aparte de ello, y a pesar de nuestra soledad insular, nuestros ojos perciben también vastos horizontes de universalidad, porque sabemos que "ningún

hombre es una isla”, y que lo que en 1965 sucedió en Santo Domingo sigue ocurriendo hoy en Vietnam; y que si un patriota muere asesinado en el Congo, con esa muerte todos los patriotas dominicanos han sido disminuidos en parte de su ser. Porque si bien es cierto que tenemos nuestro sentimiento nacional, y nuestros propios conflictos, problemas, sueños y esperanzas, en otras tierras muchos millones de hombres tienen conflictos y problemas y sueños y esperanzas similares. Y hoy por hoy, la patria del hombre —dominicano, o de cualquier otro país— es toda la tierra firme, todas las islas y todos los mares de nuestro planeta, porque esa masa confusa de dolor, luchas y lágrimas que es el mundo constituyen el patrimonio y la heredad que hemos recibido, con sus posibles beneficios, pero también con todas sus cargas.

El rápido panorama que antecede no pretende servir de sostén a ninguna tesis histórica. Únicamente aspira a poner de manifiesto la intrincada red de acontecimientos, fuerzas en conflicto, pasiones y sentimientos que soporta la estructura de nuestra vida nacional. Y como se ha dicho que la poesía debe ser expresión de un tiempo y lugar determinados, y servir de cauce a los afanes, las angustias y las esperanzas del hombre; la suerte, materia y destino de la poesía dominicana de hoy sólo estarán cumplidos si ella logra ser expresión inequívoca del espíritu nacional, en sus más genuinas esencias, y se proyecta al mismo tiempo hacia otros pueblos en un vigoroso latido de humana solidaridad.

La Forma

Olvidada hace tiempo yace la vieja concepción de que materia y forma constituye dos elementos independientes, y que como tales era posible disecarlos anatómicamente por separado. Ciertamente, y en lo que a la poesía se refiere, nadie niega que un verso pueda ser medido y pesado en sus sílabas, acentos, ritmo, etc., o analizado en la estructura de sus imágenes, metáforas y demás recursos expresivos de que tradicionalmente se han ocupado las preceptivas y los textos de interpretación literaria. Pero en la creación poética, vista como una operación total, contenido y forma se condicionan recíprocamente, produciendo una fusión, una especie de simbiosis o aquella secreta compenetración de que hablaba Pedro Henríquez Ureña, la cual “convierte forma e idea en elementos únicos de una armonía necesaria”¹

Al enfocar, pues, el aspecto formal de la poesía dominicana, muy

pobres resultados se obtendrían si la investigación se limitase a ponderar determinados movimientos o tendencias, y su efecto renovador en la expresión lingüística, o en los mecanismos asociativos, o en los diversos recursos, técnicas y modos peculiares que cada uno de aquellos movimientos haya podido agregar al copioso caudal que ha ido formando la tradición poética a través de los siglos. Aparte del hecho de que hasta hace relativo poco tiempo nuestra poesía estuvo sujeta al vasallaje que le imponían influencias foráneas, hay otras razones de peso para preferir a la digresión retórica o al análisis estilístico, un enfoque basado más bien en la estrecha correspondencia que debe existir entre forma y contenido, para intentar establecer hasta donde la poesía dominicana ha podido recoger con calor y trasvasar en sus moldes los latidos genuinos del carácter nacional.

Si miramos al pasado, comprobamos que la expresión poética dominicana, al igual que otras manifestaciones culturales y políticas de la vida nacional, adaptó sus rasgos fisonómicos al perfil trazado por manos distantes, movidas por realidades e inquietudes diferentes, en la otra orilla del mar, con la circunstancia agravante de que las ideas, concepciones y actitudes espirituales que recibíamos del viejo continente arribaban a nuestras playas con notable retraso. Sin embargo, el hecho de que las corrientes de pensamiento y los movimientos literarios europeos moldearan en grado apreciable la sensibilidad dominicana, no quiere decir que nuestros poetas se plegaran con docilidad absoluta a los patrones originales, y dejaran de aportar una visión de la propia realidad, física y espiritual, que los rodeaba. De ningún modo. Y prueba de ello es que en el recato neoclásico de la poesía de Salomé Ureña, en las efusiones románticas de José Joaquín Pérez y en la organizada estructura racionalista y objetiva del verso de Gastón Fernando Deligne se perciben, con notorio vigor, las fuerzas motoras del alma dominicana que iban cobrando intensidad y definición peculiar, por encima de los diferentes cauces formales que cada uno de ellos adoptara. El amor a la patria, la fe en el progreso, el sentimiento de la naturaleza, el tema de la proscripción, la recreación de nuestro lejano pasado indígena y el drama de la realidad política nacional, son motivos que aparecen en las creaciones de estos tres poetas, reflejando una evidente preocupación nacionalista y una valoración esperanzada, no tanto quizás de lo que éramos en aquella época, sino de lo que podíamos llegar a ser en el porvenir.

Es evidente, pues, que tanto bajo el influjo del neoclasicismo, como de la rebeldía romántica y del realismo positivista, que de algún modo coexistieron en nuestro país en las últimas dos décadas

del siglo XIX, la poesía dominicana pudo expresar, con eficacia, las vibraciones, inquietudes y preocupaciones esenciales de su tiempo, y mostrar el esbozo aún no completamente definido del carácter nacional. Pero el advenimiento de las auras modernistas, que en un sentido resultó saludable, al introducir renovaciones y propugnar por libertades métricas y rítmicas, y al llamar la atención hacia el cuidado del verso y la variedad de la expresión, originó, por otro lado una desviación del cauce antes seguido por nuestra poesía. En efecto, la relativa compenetración que había existido entre contenido y forma, entre la realidad nativa y su expresión poética, se vió quebrada por la nueva tendencia exotizante, preocupada esencialmente por las exquisiteces del lenguaje, pero divorciado en lo temático del mundo circundante, del rumor colectivo, del amplio aliento histórico que emana del canto de nuestros mejores poetas de la pasada centuria.

Por suerte, el modernismo no dejó huellas demasiado profundas en nuestro medio, y su individualismo extremo, su desvinculación de la realidad, dieron paso a una voz distinta, áspera si se quiere, en cuyas notas aparecería el sentimiento nacional reclamando expresión plena. Hablo, naturalmente, de Domingo Moreno Jimenes. Aunque al principio este poeta siguió las formas tradicionales y los modos en boga, ya para 1916 hace una especie de confesión, que al mismo tiempo es un manifiesto:

*“Quiero escribir un canto
sin rima ni metros;
sin armonía, sin ilación, sin nada
de lo que pide a gritos la retórica”.*

(Aspiración)

Esta actitud rebelde responde a una inquietud, a un impulso, que pone en evidencia el recíproco condicionamiento que debe existir entre contenido y forma. Pues, ciertamente, no es el afán de innovar lo que origina la actitud iconoclastica de nuestro poeta. Es que un material nuevo, un contenido diferente, una realidad distinta, reclaman nuevas formas para poder entregarse en todo su vigor y resonancia. Y la delicadeza, armonía y musicalidad del modernismo no le servían para transmutar en vibración emotiva algo que él percibía con singular intensidad: nada más y nada menos que el hombre dominicano y su circunstancia. No el hombre frente a abstracciones, fórmulas idealistas o esquemas inasibles del mundo, sino enmarcado por realidades concretas, enfrentado a sus dramas, a sus miserias, a sus

conflictos, a su historia, a su geografía, a sus creencias. El hombre en su cotidianidad, que en el fondo, y aunque parezca contradictorio, lleva en su seno una dimensión de eternidad. Por ello Moreno Jimenes pudo escribir más tarde:

*“La Religión del hombre.
Raíz de principio y fin.*

*El hombre en las minas
el hombre en los cadalsos
el hombre en los campanarios de las iglesias
Etc. etc.*

*El hombre. El hombre. El hombre”
(Clavel Solitario)*

De este enfoque fundamental de lo humano parten todas las nuevas corrientes —formales y de contenido— de la posterior poesía dominicana. Y ese punto de vista se descubre en la búsqueda de oscuros orígenes mítico—raciales, como en “Yelidá”, de Hernández Franco. O en el rescate y recreación de la tradición popular, como en “Compadre Mon”, de Manuel del Cabral. O en la protesta social que emerge en la poesía de Domínguez Charro, Mir e Incháustegui, por citar sólo algunos nombres ejemplares. La misma Poesía Sorprendida, con su ostensible inclinación hacia lo onírico y el énfasis que puso en el cuidado de la forma, no puede sustraerse a la preocupación humana, y proclama su credo de “poesía con el hombre universal”, aspiración de validez ecuménica en la que no hay que ver desdén hacia lo nuestro, como se ha insistido en señalar en muchas ocasiones, sino la expresión de la sensibilidad solidaria que un acontecimiento histórico de la época había despertado en todas las latitudes: la segunda guerra mundial, en la que se debatió la vida y el destino de tantos hombres y de tantos pueblos.

A estas alturas, o sea, en la década 40—50, habíamos acumulado suficiente experiencia histórica como para percibir claramente los lineamientos diferenciales de nuestro propio ser, y estábamos suficientemente dotados en cuanto a técnicas expresivas como para poder plasmar el canto dilatado y vigoroso en que latieran las esencias genuinas del sentimiento nacional. pero el régimen de opresión que prolongó su dominio hasta 1961, constituyó un valladar insalvable a la libertad de expresión, condición indispensable para que pueda florecer el arte. Y la poesía dominicana, aherrojada como el hombre,

tuvo que recurrir a un simbolismo cargado de alusiones para poder sobrevivir.

Con la muerte de Trujillo se abren las puertas a nuevas ideas, doctrinas y concepciones políticas y sociales, que permiten ampliar y profundizar el enfoque de la realidad. Y algunos años después, con la Revolución de Abril, acontecimiento que todavía no ha sido explotado suficientemente en sus posibilidades temáticas, se completó un panorama, en términos históricos, cuyas proyecciones en la literatura nacional habrán de sentirse en la presente década. Pero las nuevas voces poéticas que han surgido a raíz de esos dos acontecimientos, si bien muy ricos en inquietudes y apasionadas en su expresión, son todavía más potencia que acto, menos presente que porvenir.

oOo

Se supone que un trabajo de esta especie culmine en algunas conclusiones en las que se concreten los resultados de la reflexión y el análisis. Pero lo cierto es que todo análisis casuístico y todo examen de aspectos de puro estilo o forma desnuda han sido aquí omitidos de modo intencional. Razones para ello: la convicción profunda de que el molde formal de la poesía, examinado aisladamente, aunque ofrece interés al catalejo del retórico, no responde al imperativo de nuestra hora, si es que estamos empeñados en la búsqueda de nuevos rumbos para la actual poesía dominicana. Y esos ocultos derroteros sólo es posible presentirlos, cuando contenido y expresión se estudian en su íntima urdimbre, en su apretado maridaje, en sus recíprocas presiones, a través de las cuales emerge la poesía en toda su densidad.

Vistas así las cosas, se siente uno tentado a la aventura del vaticinio. Y en esta dirección, no sería descabellado pretender que el sentimiento nacional, que cada día se hace más nítido y vigoroso, reclama ya la vasta dimensión del canto épico, en el que personajes, sucesos y escenario nacional cobren sentido unitario, dando perfil definitivo al tumultoso torrente de nuestro acontecer histórico. La afirmación no es tan osada, ni tanto de augurio tiene, puesto que ya existen precedentes valiosos que le sirven de apoyo. Baste citar a "Crónica del Sur", de Lupo Hernández Rueda; "La Tierra Escrita", de Aída Cartagena Portalatín; "Cantos a Helena" y "Centro del Mundo", de Máximo Avilés Blonda; y las "Odas", de Ramón Francisco. En todas estas obras, diferentes en su concepción y en su

estructura, hay un propósito común de visión completa, de comprensión total de la realidad, unas veces apoyándose más en el escenario; otras, ciñéndose al suceso o enfocando a los personajes; pero en todas se percibe un elevado acento y un dramático fervor; los cuales son signos ciertos de que estamos atentos a los estremecimientos profundos de nuestro ser, y a las proyecciones ilimitadas de nuestro destino como pueblo.

1. PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, estudio sobre "Gastón F. Deligne", en "Obra Crítica", Fondo de Cultura Económica, 1960, pág. 149.